

EÇA DE QUEIROZ

nes contra los tiranos, defendiendo a todos los oprimidos y sobre el rumor del mar hablando a los hombres, espléndidamente, de Piedad, de Paz, de Fraternidad, de Libertad y de Perdón.

De usted colega y amigo

EÇA DE QUEIROZ.

...sin embargo, una cosa queda de los grandes poetas: el consorcio legendaro de su personalidad. Es como un trueno mortal que se oja en la imaginación y que se va reproduciendo a través de mucho tiempo; así vemos perpetuamente a Dante en sus largas vestiduras negras, livido y siniestro, y contemplado en las calles con terror, como aquel que volvió del Infierno. Y en imagen material hace el hombre de genio tanto más grande cuanto que esta simboliza más la acción moral que se capitula tomara al servicio de la Humanidad; y así crecimos la figura de Voltaire que inevitablemente nos aparece en su posición, en su actitud, en su lenguaje, que rompa nuestra y que ya no podemos concebir sino con unido, esos epigramas que iban a leerse moralmente en el fondo de la vida social.

Por eso por ejemplo que de aquí a quinientos años solo se cobrará el nombre de Hugo. La modestia en sus asuntos, sus modestias literarias leda algunas de sus cosas buenas, y solo continuamente se sabra quien era Jean Valjean o Triboulet.

Por su personalidad será siempre recordada; y eternamente será visto en la historia como el imprecioso, mas a su estilo—no pedico y ancestral, certero de la historia de París, sino lejos, en la isla de Guernsey, somnoliento y agitado, lanzando imprecaciones.

EÇA DE QUEIROZ

inculca en este año de gracia y de votos letrados que la Real Academia de Ciencias y Letras de Madrid se ha reunido a sí misma para que la Academia sea te quejos—cos que hombres que van y que van.

...sin embargo, una cosa queda de los grandes poetas: el consorcio legendaro de su personalidad. Es como un trueno mortal que se oja en la imaginación y que se va reproduciendo a través de mucho tiempo; así vemos perpetuamente a Dante en sus largas vestiduras negras, livido y siniestro, y contemplado en las calles con terror, como aquel que volvió del Infierno. Y en imagen material hace el hombre de genio tanto más grande cuanto que esta simboliza más la acción moral que se capitula tomara al servicio de la Humanidad; y así crecimos la figura de Voltaire que inevitablemente nos aparece en su posición, en su actitud, en su lenguaje, que rompa nuestra y que ya no podemos concebir sino con unido, esos epigramas que iban a leerse moralmente en el fondo de la vida social.

VI

AZULEJOS (1)

Bristol, 12 de junio de 1886.

Mi querido Bernardo:

En los tiempos en que Voltaire, ya después de *Candide*, y aun ya después de *La Pucelle*, se contentaba con cien lectores—tiempos que nos deben parecer bien

(1) Este trabajo, hasta hoy inédito en lengua castellana, es un prólogo en forma epistolar al libro de tan fulgurante título español, típico y definitivamente de raza, que escribí por aquel año, en edad juvenil aún, aunque ya madura y formada, el íntimo y fraternal amigo de Eça de Queiroz, Bernardo de Pindella, primero Vizconde de Pindella, y luego, por la muerte de su hermano Vicente, primogénito, cuyo título heredó, Conde de Arnosó. El Conde de Arnosó en sus juventudes tuvo veleidades literarias y fué un enamorado de las Bellas Artes, herencia que transmitió a su hijo, que hoy es el Dr. Vicente Arnosó, autor teatral, muy aplaudido en Lisboa y poeta delicado y exquisito—que era por entonces un encantador chiquillo de tres años, pues de dos años antes de este prólogo (de 30 de agosto de 1884) se conserva una carta de Eça de Queiroz al Vizconde de Pindella y al Conde de Arnosó (escribía conjuntamente a los dos hermanos, Vicente y Bernardo), y en esta carta, que ha publicado Antonio Cabral, se alude a los pequeñines de la casa, entre los cuales estaba Vicentito. "*Caro Bernardo, ainda estás ahí em Pindella? Atira n'este caso da minha parte chuva de beijos sobre os teus pequerruchos.*"

Antonio Cabral, que publicó esta carta (en su libro *Eça de Queiroz.—A sua vida e a sua obra.—Cartas e documen-*

incultos, en este año de gracia y de voraz lectura en que *Le Petit Journal* tira 800.000 números y *Germinal* es traducido a siete idiomas para que lo bendigan siete pueblos—; esos cien hombres que leían y que satis-

tos inéditos; tercera parte, págs. 264 y 265, nota: Livraria Aillaud et Bertrand; Lisboa, 1916), añade como anécdota pintoresca el caso que ocurrió en la casa de Pindella un día que fueron a visitar a los dos hermanos aristócratas Eça de Queiroz, su íntimo amigo Ramalho Ortigão y el Conde de Ficalho, el gran botánico y aristócrata de abolengo... Eça, con su monóculo sempiterno, quedóse fijo contemplando en el baño al pequeño *menino* de Bernardo Pindella, que se revolvió en el agua con piernas y brazos, auxiliado por el ama. Y cuando notaron que Eça no aparecía por la sala, preguntó uno de sus amigos: —¿Dónde quedaría encallado José María?—Vete a ver, Bernardo... Y cuando el Conde fué a verle y le encontró con el monóculo sobre la bañera, le preguntó: —¿Qué haces, hombre de Dios?—Cállate—respondió Eça—. ¡Estoy aquí admirando a tu chiquillo, encantado de haber descubierto, por fin, una criatura más flaca que yo!...— El Conde de Arnosó fué siempre de los amigos íntimos y más queridos de Eça, y formó parte y ocupó puesto muy principal entre el grupo de *Os vencidos da vida*, célebre en Lisboa por aquellos años—pues precisamente la formación de esa tertulia aristocrática (a la que pertenecían políticos y aristócratas tan distinguidos como Luis de Soveral y el Conde de Sabugosa; periodistas como Carlos Lobo d'Avila; historiadores como Oliveira Martins; oradores como António Cândido; escritores como Guerra Junqueiro, Ramalho Ortigão y Eça de Queiroz), fué hacia fines de 1887 o principios del 88. En ella fué tertulio muy relevante Pindella que, según los retratos de la época, tenía una gallarda prestancia de mozo meridional, que sería de *certo* deleite de las *meninas* de Lisboa, de la Lisboa *fidalgá* en que él vivía. De varias comidas dadas por él en su casa de Santo Domingo, en el barrio de Lapa (*Rua de Santo Domingos à Lapa* se llama la calle donde está situado su palacio solariego), en Lisboa, nos da noticias el periódico *O Tempo*—dirigido por uno de los contertulios, Carlos Lobo d'Avila—que era algo así como el órgano oficial del grupo. Así sabemos de dos banquetes dados por Pindella en 16 de febrero y en 21 de mayo de 1889; en uno de ellos recibióse un bello telegrama de Guerra Junqueiro, que estaba en su retiro campestre de Lima, escrito en versos alejandrinos, de gran vigor y plasticidad. Los admiradores de Eça de Queiroz

facían a Voltaire, eran tratados por los escritores con un ceremonial y una adulación que solamente se usaban con los Príncipes de la Sangre y con las Favoritas. En verdad, el Lector de entonces, "el amigo Lec-

debemos eterna gratitud al Conde de Arnosó, porque, no olvidando, como otros, la memoria del gran novelista, presentó una proposición en la Alta Cámara, de la cual era miembro—en 15 de marzo de 1901—para que se concediese una pensión anual de 1.200\$000 a doña Emilia de Castro Eça de Queiroz, viuda del eminente escritor, y a sus hijos María, José, Antonio y Alberto. Esta pensión había de ser vitalicia (según se expresa en el segundo artículo de la proposición de ley); pero el Gobierno de la República tuvo a bien, es decir, a mal, revocar esa legislación en 30 de junio de 1912 para traspasarla a la viuda del caricaturista Bordálo Pinheiro—con el especioso pretexto de que los hijos del escritor conspiraban contra la República. Fué poco noble y gallarda la actitud del Gobierno, aunque fuese exacta la conspiración—tratándose de escritor que tanto había contribuido a democratizar e infundir espíritu liberal en el alma portuguesa, aunque no fuese *republicano profeso*, por tradición de familia, por espíritu de compañerismo con sus amigos el Conde de Arnosó, el Conde de Sabugosa y el Marqués de Soveral—; en suma, por su amistad personal con el Rey D. Carlos I...—Eça de Queiroz fué liberal y esto basta; y el espíritu amplio de una República democrática no debió ampararse en más menudencias ni exigir con escrúpulos monjiles devoción sumisa a la República a los hijos del novelista, que al fin no tenían obligación de sustentar las doctrinas del padre, máxime cuando *dos* de los hijos eran los que conspiraban y la pensión era para *toda* la familia, en la cual había dos damas, la viuda y la hija María, dignas, sólo por serlo, del respeto del Gobierno de la República. Desgraciadamente no pesaron estas consideraciones, ni hubo quien las adujese donde definitivamente se aprobó la supresión de la pensión anual, o sea en la Cámara baja, en 18 de junio de 1912, aunque hubo algunas raras protestas, ni en la Cámara Alta, donde pasó, en 29 de junio. Por desdicha, el gran amigo de Eça, el Conde de Arnosó, no pudo protestar, por haber fallecido en 21 de mayo de 1911, que de fijo, al estar vivo, hubiera opuesto las dificultades obstructivas que su experiencia parlamentaria de muchos años le hubiera sugerido, para que no se hubiese retirado la pensión a la familia de su ilustre y querido amigo.—N. del T.

tor", pertenecía siempre a los altos cuerpos del Estado; el alfabeto aún no se había democratizado; casi sólo sabían leer las Academias, algunos de la Nobleza, los Parlamentos y Federico II, Rey de Prusia; y naturalmente, el hombre de letras, aun cuando no fuese un poeta parásito del melancólico tipo de Nicolás Tolentino, al entrar en relaciones con ese lector de grandes modales, emplumado, vestido tal vez de armiño, empleaba todas las formas y todas las gracias del respeto y se ponía siempre, genuínos o fingidos, los puños de encaje de Mr. de Buffon.

Pero esta cortesía, en que había emoción, procedía sobre todo de que el Escritor, hace cien años, dirigíase particularmente a una persona de saber y de gusto, amiga de la Elocuencia y de la Tragedia, que ocupaba sus ocios lujosos en leer, y que se llamaba "el Lector"; y hoy dirígese dispersamente a una multitud atropellada y tosca, que se llama "el Público".

Esta expresión, "la lectura", hace cien años, sugería al punto la imagen de una biblioteca silenciosa, con bustos de Platón y de Séneca; una amplia poltrona almohadillada, una ventana abierta sobre los aromas de un jardín, y en este retiro austero, de paz estudiosa, un hombre fino, erudito, saboreando línea a línea *su libro*, en un recogimiento casi amoroso. La idea de lectura, hoy, recuerda sólo una turba hojeando páginas aprisa, en el rumor de una plaza.

Ahora bien; cuando este Lector docto, agudo, amable, bien empolvado, íntimo de las edades clásicas, recibía al Escritor en su soledad letrada, el Escritor necesitaba presentarse con reverencia y *modestement courbè*, como aconsejaba Beaumarchais. Es un hombre culto, que va a casa de otro hombre culto; y ese

encuentro está regulado por una etiqueta tradicional y gentil.

Ni el filósofo que viene a someter un sistema; ni el poeta laureado en *El Mercurio galante*, que trae su oda; ni Chénier, con sus tragedias; ni Masillón, con sus sermones; ni los rígidos, ni los ligeros; ninguno, por muy ilustre que fuere, irrumpía bruscamente en la atención del Lector, sin espera y sin medida, como se entra en un patio público. Había de haber una presentación solemne, condigna, copiosa; y eso se hacía en ese fragmento de prosa en tipo grueso, con citas latinas, que se llamaba *Prefacio*. Allí, el autor, *modestement courbè*, delante del Lector acogedor y risueño, hablaba con prolijidad de sí, de sus intenciones, de su obra, de su salud; decíale dulzuras, llamábale *pío*, *perspicaz*, *benévolo*; justificaba sus métodos, citaba sus autoridades; si era joven, mostraba su inexperiencia en botón, ruborizándose; si era viejo, despedíase del Lector a la manera de Boileau, en una pompa triste, como desde el borde de un sepulcro... Trocadas estas cortesías no se entraba al punto secamente en las ideas y en los hechos; si el libro era de versos, el Poeta, teniendo al Lector a su lado, balanceaba el incensario y hacía una invocación a los dioses, como en los peldaños de un santuario; si era Tratado de Moral o de Historia, había en el liminar del capítulo primero—para que el Escritor y el Lector reposasen—un pórtico de consideraciones generales, dispuestas con simetría, a manera de columnas de mármol puro, donde se enguirnaldaban, en festones, flores de lenguaje, pomposas o medio mustias. Después, el Autor iba llevando al Lector de la mano a través de su obra, como a través de un jardín que se enseña, recorriendo con gusto las avenidas más adornadas de erudición,

parándose a veces a conversar dulcemente a la sombra de un pensamiento frondoso. Así se formaba entre ambos una enternecida intimidad espiritual. El Lector poseía en el hombre de letras un compañero de soledad, de un encanto siempre renovado... El Autor encontraba en el Lector una atención detenida, fiel, creyente; como Filósofo, tenía en él un discípulo; como Poeta, un confidente...

Luego, una mañana de Julio tomóse la Bastilla. Todo se revolvió y mil novedades violentas surgieron, alterando la configuración moral de la tierra... Vino la Democracia; se inauguró la iluminación de gas; apareció la instrucción gratuita y obligatoria; se instalaron las máquinas Marinoni, que imprimen cien mil periódicos por hora; vinieron los Clubs, el Romanticismo, la Política, la Libertad y la Fototipia. Todo comenzó a hacerse por medio de vapor y de ruedas dentadas, y para las grandes multitudes. Esa cosa tan maravillosa, de un mecanismo tan delicado, llamada *el individuo*, desapareció; y comenzaron a moverse las multitudes, gobernadas por un instinto, por un interés o por un entusiasmo. Entonces fué cuando se hundió el Lector, el amigo Lector, discípulo y confidente, sentado lejos de los ruidos incultos, bajo el busto claro de Minerva; el Lector amigo con quien se conversaba deliciosamente en largos y locuaces *Proemios*; y en lugar de él, el hombre de letras vió delante de sí la turba que se llama el *Público*, que lee alto y aprisa en el rumor de las calles.

Los modales del escritor para con estos cien mil ciudadanos, que extendían tumultuosamente la mano hacia el libro, no podían ser selectos y pulidos, como los que tenía con el lector clásico que le abría sonriendo y ya atento la puerta de su intimidad erudita. Para descen-

der a la plaza donde se congregaba el Público no eran necesarios los puños de encaje de Mr. de Buffon, como para penetrar en la biblioteca del Lector amigo, donde iba el Escritor a encontrar a Cicerón y a Aristóteles revestidos de marroquín y oro...

Inmediatamente dejó de haber esa amable y conversadora presentación que se llamaba el *Proemio*; nunca más el hombre de letras desmenuzó al Lector sus motivos para discurrir o cantar, pidiéndole con humildad un lugar en el estante. Ahora, terminada la obra, el Escritor, aún sudando y con el chaquetón de trabajo, la arroja a la calle brutalmente. La obra ya no es la sabia composición, compuesta con arreglo a los dictámenes de las Artes Poéticas, para ser agasajada y encuadernada por Mecenas... Idea o Imagen, debe ser cosa viva, y, como tal, se lanza al remolino de la Vida para ir a rodar con ella, a pleno sol.

Así se tornó inútil la caricia aduladora con que en el antiguo régimen se atraía y se retenía al Lector. Ya no se conversa íntimamente con él, caminando a su lado a través de páginas galantes o solemnes... El historiador, el novelista que hoy interrumpiese el fluir de sus deducciones para dar un estirón a los puños de encaje y decir: "Nota tú, lector amigo...", sería considerado un intolerable *caturra* de las edades caducas. El Lector dejó de ser una persona a quien se habla aisladamente y con el tricornio en la mano; el Escritor tornóse tan impersonal como él. No son individualidades cultas comunicándose: son dos substancias difusas que se penetran, como la luz cuando atraviesa el aire.

Sin embargo, hay aún hoy escritores que, seducidos por la gracia noble de las maneras clásicas, cuando buscan al Público con un libro amorosamente trabajado, quieren poner en ese encuentro las formas aparatosas

de la etiqueta de antaño. Son, sobre todo, aquellos que, escribiendo delicadamente y para delicados, cuentan sólo con el Lector de los antiguos tiempos, que ya no usa espadín ni cita finamente a Horacio, sacudiendo el rapé de la gorguera de encajes; pero que posee todas las delicadezas del gusto nuevo y encuaderna y obsequia a los estilistas, a los parnasianos, a los femeninos, a los Coppée, a los Daudet, a los Verlaine, con cariño religioso con que los Mecenas de la época de Boileau encuadernaban y releían a Tácito y a Cátulo.

Tú eres de esos... La grosera multitud te asusta un poco con su desatención ruidosa; y confías, sobre todo, en ese Lector perfecto, enamorado acaso de las lindas flores modernas de Fantasía y de Estilo. Pero sabes cómo ese lector gusta de las prácticas graciosas que ennoblecían la vida antes de la toma de la Bastilla; y ni por un lugar en el cielo, entre San Hilario y San Hilarión, le querías ofender, interrumpiendo brusca y democráticamente su atención preciosa. Por eso deseas llevar alguien a tu lado, ya más familiar con él, que le diga, siguiendo la buena tradición de los añorados (1) *Proemios* y desde luego *modestement courbè*: "Lector pío, benévolo y amigo, aquí te presento..." Y soy yo aquel a quien tú escoges, para esta gentil ceremonia, perfumada de arcaísmo, entre tus amigos, "simples hacedores de libros", como decía altivamente el viejo Carlyle...

Aquí estoy yo, amigo. Pero temo que te suceda como a aquel caballero de la balada, cuya historia yo leí en un viejo infolio español, donde aparecía conceptuosa y

(1) Aquí quiero traducir por *añorados* el adjetivo *saudosos*, ya que esa palabra se ha avecindado en el castellano, venida del catalán—*anyoranca*, *anyorament*, que, según el cultísimo lusófilo Sr. Ribera y Rovira, tiene la misma fuerza de expresión que la mágica palabra lusitana *saudade*.—*Nota del traductor*.

florida para servir de ejemplo a *los peligros de las malas compañías*... Este mozo heroico y cándido resolviera por uno de esos motivos de fe, de guerra o de amor, que eran entonces los únicos que dirigían las acciones humanas, ir a ofrecer su gran espada a una Virgen, cuya clara ermita, en un rincón de la sierra, entre rumorosa arboleda, era como una fuente espiritual donde perennemente fluían los misericordiosos milagros.

Tenía este poético mozo un amigo que en esos ardientes tiempos de Santa Teresa, de San Juan de la Cruz y *de la Caballería a lo divino* (1), era secretamente, bajo su cota de malla, un ateo, como si ya leyese todas las noches en su alcázar, a la luz radical del petróleo, *Le Rappel* y *L'Intransigéant*... Como este incrédulo, acorazado de hierro, conocía bien los senderos de la montaña, quiso el devotísimo caballero que le acompañase en su bucólica romería. Y mal sospechaba el héroe ingenuo que mientras él subía con un alborozo piadoso por esos caminos un poco ásperos, como los de la Fe; su camarada iba a su lado lamentando amargamente que una tan buena espada, de tan fino linaje, de tan vigoroso golpe, forjada en Toledo por Mestre Francisco Ruiz, flor y nata de espaderos, quedase de allí en adelante enmoheciéndose a los pies de una Señora, que era sólo un tosco pedazo de madera, con dos ojos de vidrio y un poco de satén encima, bordado de lentejuelas... Y ¿sabes lo que sucedió? Que apenas el caballero, de rodillas y murmurando el *Ave Reina de gracia*, colocó junto a la imagen la lámina purísima de acero; la imagen bajó severamente los ojos y repelió

(1) Lo mismo esta frase que la anterior subrayada en el otro párrafo—"los peligros de las malas compañías"—las ha puesto Queiroz en castellano en el original para garantizar la autenticidad de la anécdota.—*N. del T.*

la espada con el pie justiciero y dulce que al mismo tiempo aplasta la serpiente y acaricia la tierra... La hoja de acero templada por Mestre Francisco Ruiz se deshizo en pedazos negros, del color del tizón, que es el color del demonio; y sobre la selva, llena de gorjeos y aromas, se esparció una obscuridad horrible, como si la luz que la doraba se hubiese recogido toda bajo las pestañas cerradas de la Virgen ofendida... ¡Ay de mí! ¿Por qué no escogió el devoto mozo para compañero de romería a algún clérigo íntimo del cielo o a algún escudero leal y buen rezador de su rosario? La imagen era española, y por lo tanto, impresionable, y viendo al caballero y su espada escoltados por un escéptico, que orgulosamente pensaba que no habría santos si no hubiera santeros, se rigió impremeditadamente por el adagio, que es de España y de otras tierras "Dime con quién irás, te diré lo que pensarás..." (1).

Esta historia, como todas aquellas en que aparecen santos y caballeros, encierra una fecunda lección. Y ¿no temes tú, amigo mío, que, a semejanza de aquella Virgen española, los espíritus tímidos para quienes escribiste tan acariciadoramente tus *Azulejos*, bajen los ojos y rechacen el libro gentil, al ver que lo viene acompañando por estos lodazales de la publicidad un infiel, un renegado del Idealismo, un esclavo de la ruda Verdad, uno de esos ilegibles, de gustos soeces, que hozan golosamente en el lodo social, que se llaman "naturalistas"

(1) Sí, es de España; pero no en esa forma, maestro Queiroz. Están trocados los tiempos de los dos verbos y puestos en futuro, cuando debe ser presente de indicativo. Todo el mundo sabe que el clásico y manoseado proverbio español reza: "Dime con quién andas, te diré quién eres".—N. del T.

y que tienen el apodo de "realistas"? (1). Dime con quién irás, hijo mío, te diré lo que pensarás. ¿No temes que te juzguen también un "realista"?...

¿No temes que tu libro de Literatura, casto de aroma y de color, sea tratado como uno de esos frutos podridos que ama el Naturalismo? ¿Frutos tremendos que han depravado el paladar de las multitudes, a tal punto, que sólo ellos apetecen y sólo ellos se venden y ya nadie va a feriar en los puestos donde rojean las frescas fresas acabadas de coger en el fresal del Romanticismo!...

¡Ah!... Si nuestra amada Lisboa, vieja ama de cura que se emperifolla a la francesa, hubiese comprendido lo que en este año de gracia de 1886 ya comprendió hasta la aldea de Carpentras, famosa por su mojigatería (2): que el Naturalismo consiste sólo en pintar su calle como ella es *en su realidad*, y no como tú la podrías idear *en tu imaginación*, sería honrar tu libro hacerlo sospechoso de Naturalismo. Significaría entonces obra naturalista, para nuestra bondadosa Lisboa, obra observada y no soñada; obra modelada sobre las formas de la Naturaleza, no recortada sobre patrones de papel; obra asentada en las eternas bases de la Vida, y no en ese muladar muelle, hecho de sentimentalismo hediondo y de cascajo de retórica, que aún entorpece el camino del Arte y donde se ve todavía, a veces, brotar una florecita triste y melada que cuelga y que hiede a moho.

Mas como tú sabes, amigo, en esta capital de nuestro Reino permanece la opinión cimentada a piedra y cal,

(1) No se olvide que en 1886, cuando se escribió este prefacio, era la época de *sturm und drang*, de lucha del naturalismo con el idealismo en toda la Península, así en Portugal como en España.—N. del T.

(2) Aldea de Francia a la cual atribuye Eça la *caturrice*.—N. del T.

entre legos y entre letrados, de que el Naturalismo o, como dice la capital, el Realismo, *¡es grosería y suciedad!*... ¿No has reparado tú en que cuando un periodista, copiando en su diario con pluma hábil el parte de la Jefatura de Policía—que es el *roast-beef* de la Prensa—menciona a un salvaje que profirió palabras inmundas, nunca deja de llamarle, con una ironía cuyo brillo raro le llena de legítimo orgullo, *discípulo de Zola?*... ¿No has notado que en los periódicos, cuando se quiere definir una manera especial de ser torpe, se emplea esta expresión consagrada: *a lo Zola?*... ¿No has visto que al describir un caso sórdido o bestial, el hombre de la gaceta añade siempre con un desdén grandioso: “Para contar bien cómo ocurrió todo, necesitábamos saber manejar la pluma de Zola”? ¿Así es, así es!... ¡Extraña maravilla de brutalidad!... ¡El nombre del épico genial de *Germinal* y de *L'Oeuvre* sirve para simbolizar todo lo que, en actos y palabras, es grosero e inundo!... ¡Esto ocurre en una población que en la Geografía política es una capital y se llama Lisboa; pero que, en el orden del pensamiento y del saber, es un lugarejo sin nombre!...

¡Dios mío, seamos justos!... También en Francia y en Inglaterra, hace quince años, hubo la misma opinión sobre el Naturalismo; también los necios y los malignos gritaron: *grosería, suciedad*, al aparecer esas vivas, fuertes, fecundas, resplandecientes creaciones de *L'Assommoir* y de *Naná*. Solamente que en Francia y en Inglaterra bien de prisa los necios comprendieron (como ya muy bien habían comprendido los malignos) que no se trataba de una literatura expresamente libertina, hija de Bocaccio, de Brantôme y de Piron, especulando con el vicio y haciendo dinero con él—como paralelamente el Sr. Ulbach y otros púdicos peores procuran

juiciosamente acumular pecunia, fabricando correctos cuadros de virtud para uso de los colegios de señoritas—; sino que estábamos en presencia de un Arte amplio y poderoso, que hacía una profunda y sutil investigación en toda la sociedad y en toda la vida contemporánea, pintando sincera y crudamente lo feo y lo malo, y no pudiendo en su santa misión de verdad ocultar detalle alguno, por muy torpe que sea, como en su científica necesidad de exactitud, un libro de Fisiología no puede omitir el estudio de ninguna función ni de ningún órgano. Ahora bien; este noble Arte no juzga que debe mutilar la Realidad o falsearla, comprometiéndose así su grandioso fin moral, sólo porque pudiera hacerse ruborizar a las señoritas; a las señoritas que, según nos reveló últimamente el castísimo e idealísimo Feuillet, conocedor perfecto de las costumbres de la virginidad, cuando están juntas, todas de blanco, en un rincón de la sala, tienen conversaciones *qui feraient rougir un singe*, ¡que harían ruborizarse a un mico!... Y en verdad os digo, mis conciudadanos, que el mono está considerado desde Plinio como la más impúdica, la más obscena de las criaturas que salieron de las manos inagotables del Señor...

Pero nuestra tierra, amigo, nunca lo comprendió así. Para ella, Naturalismo es cosa sucia, y cosa sucia seguirá siendo... Desde que nosotros, portugueses, conseguimos organizar una idea dentro del cráneo, nuestra pereza intelectual, nuestro abandono, este fondo de desdeñosa indiferencia que todos los meridionales tienen por las ideas y por las mujeres, impídenos removerla, sacarla de su rincón, donde queda criando moho con toda tranquilidad y para siempre. En Literatura, en Costumbres, en Política y en la fabricación de zapatillas de orillo, estamos viviendo y estamos muriendo.